

¿Qué es lo que estamos buscando, cuando buscamos el sentido?

Palabras claves: sentido, existencia, ontología, axiología, ética

1. Comprensión filosófica y psicológica del sentido

Cuando un filósofo tiene la opción de hablar acerca del sentido o acerca de la esencia de algo - ¿cómo va a decidir? Va a querer hablar acerca de la “esencia del sentido” en una forma equilibrada, porque “Essentia” es la preferencia de un filósofo. Dos razones me ayudan a entender esta preferencia por “la esencia”. Por un lado, a la filosofía se le da la importante tarea de tener una visión crítica sobre las diferentes ciencias. Por el otro lado las conclusiones acerca de la esencia portan una cierta cualidad de prueba al llevar el contenido tangible como parte de la cosa en sí (Schischkoff, 1978, p. 638). Y los contenidos pueden ser vistos por todo el mundo de la misma manera. Comparado a esta esencia objetivable y fenomenológica, el sentido de una cosa es como un camaleón: lo que es significativo para una persona, puede carecer de sentido para otra, o puede tener sentido para ella en un momento y no en otro. ¿Puede existir alguna otra explicación para esta complejidad más que el hecho de que sea el sujeto el que le da sentido al objeto? El sentido como “la aplicación arbitraria del sentido” y como una atribución escogida y deliberadamente subjetivista de sentido, hace que todo el término sea cuestionable para la ciencia de la filosofía. Bajo este prisma, puede ser referido al campo de la psicología.

El tema del sentido no sólo cruza la frontera de la psicología, sino también el de la religión. El atributo de sentido a través del hombre tiene su origen en Dios, quien como *Summa Persona* le dio el sentido a la “creación”. En el transcurso de esta discusión se va a hacer evidente cómo las dimensiones psicológicas y religiosas han sido parte del gran tema del sentido desde el inicio. (Ver también Frankl 1970, p. 143.; Kovacs 1982).

Antes que nada debemos ocuparnos por la pregunta de si el sentido puede ser puramente una atribución subjetiva. Tengo que enfrentarme a esta pregunta como médico y como psicoterapeuta. Si este fuera el caso, yo esperararía menos trabajo en mis prácticas de psicoterapia con pacientes que sufren falta de sentido. Se podría esperar que las atribuciones subjetivas del sentido experimentarían una reestructuración cognitiva relativamente simple. Por otro lado, cualquier interpretación nueva, tanto entendible como útil que se le sugiriese al paciente, podría bastar para que el paciente superara la dolorosa carencia de sentido. Esto, sin embargo, se contradice por la experiencia. Una opinión del

sentido es comparativamente tan estable como cualquier percepción sensorial. Primariamente uno cree en lo que uno ha visto y en lo que ha oído, aunque los demás estén en contra de eso. La experiencia muestra que las personas que carecen de sentido no están fácilmente dispuestas a aplicar nuevos y mejores sentidos a circunstancias de su vida. ¿Qué les impide mejorar su vacío frustrante y doloroso a través de una manera de aplicar el sentido, fácil e indolora? Esto suele ser inesperado e inusual para una comprensión puramente subjetiva del sentido.

La experiencia muestra, que el sentido sólo puede ser aceptado ya cuando ha pasado a través del “ojo de la aguja de la evidencia personal” (Längle, 1985, pp. 84ff), en donde se hace inteligible la relevancia de un nuevo sentido. Debido a la interrelación de hechos en muchos niveles, existen naturalmente diferentes conexiones y perspectivas. Fuera de la necesidad interna, esto lleva a un pluralismo de experiencias de sentido que dependen del punto de vista y perspectiva de la persona. Este pluralismo de experiencias personales de sentido puede ser también clarificado por otra imagen: El sentido no sólo depende de la perspectiva de la realidad, sino también del horizonte ante el cual se percibe un problema de sentido. De acuerdo con la amplitud del horizonte, se incluyen nuevos factores y se asocian con la circunstancia original, dándole así nuevas luces de comprensión y trato (manejo).

De acuerdo a la experiencia práctica, el sentido puede ser subjetivo según el punto de vista, perspectiva elegida y amplitud de horizonte, desde donde se ve un problema. Sin embargo, no es sólo subjetivo, sino también correlativamente vinculado con un objeto casi (trans)subjetivo. El sentido es por lo tanto comparable a la percepción, que en gran parte es, pero nunca hasta su totalidad, determinada subjetivamente. La percepción real está constituida por la objetividad (ob=contra/-jetividad=lanzada) del objeto percibido, el que en su objetividad única debe sostenerse en el camino de quien percibe, como un punto de resistencia en forma y contenido. Por lo tanto, cualquier comprensión del sentido, en donde se reduce a la mera atribución subjetiva, debe ser dejado atrás por tener tan sólo una perspectiva, y ser reemplazada por una comprensión fenomenológica del sentido. Por la “responsabilidad hacia la cosa en sí” no sería un trato con la realidad ni deliberada ni arbitraria (subjetiva y objetiva).

La enfermedad, la muerte de un ser querido, sufrir un dolor intenso- aunque su sentido es totalmente personal, nadie realmente le puede “dar” sentido a estas situaciones. La persona es sólo responsable por la amplitud de horizonte y la elección de perspectiva. Aquí termina la responsabilidad de encontrar el sentido, porque depende de las conexiones reales y de sus logos, si el sentido va a aparecer en su horizonte. Cuando la persona que está sufriendo grita por no poder encontrar sentido en su vida, quiere decir exactamente eso: el sentido de la vida no se inventa, sino debe ser encontrado (Frankl 1982a, p 57).

Para hallar un sentido de vida sostenedor de acuerdo con la intención terapéutica, el terapeuta debe armarse la imagen de la situación e investigar acerca de:

1. Las circunstancias (conocimiento de los hechos, información).
2. Las conexiones entre los hechos, las que los hacen comprensibles.
3. Las posibilidades a pesar de las condiciones.
4. El desafío para una acción con sentido, en una tal la situación.

Concordantemente, la comprensión psicológica del sentido siempre tiene cuatro aspectos: Primero es objetivo “sobre las bases de su referencia situacional” (Frankl 1982a, pg 56). Segundo, el sentido es relativo, con respecto a la persona a la que está ligada, así como a las situaciones que están ligadas a él. Tercero, es subjetivo, en cuanto a que sólo la puede reconocer el que está involucrado en la respectiva situación. Más allá de estas características (Frankl 1982a, pp. 55ff), el sentido es en cuarto lugar, siempre apelativo por su carácter de desafío, (Frankl 1982a, pp. 52-57), apremiando al sujeto con su típico llamado a ¡“hacer algo conmigo”! (Para una descripción breve del concepto de Frankl del sentido ver Kovacs 1982, p. 125-130).

2. ¿Cuándo y por qué se plantea la pregunta del sentido? Fenomenología y motivación.

Después de este intento inicial de salvar el concepto del sentido de la guillotina de la arbitrariedad y después de la descripción de la concepción psicológica del sentido para una psicoterapia existencial, queremos proseguir con la pregunta de cuándo y por qué el sentido se vuelve un problema para el hombre, y a partir de ahí poder deducir lo que el hombre finalmente está buscando, cuando busca el sentido.

Básicamente la pregunta del sentido se presenta a si misma dos veces durante la vida del hombre: apremiándolo explícitamente, o implícitamente contenida en todo. En el primer caso: observamos que la pregunta se fuerza explícitamente a si misma sobre el ser humano en varias fases donde el sentido se pierde (Frankl, 1982a, pp. 18ff.: Längle, 1985, p, 85). Aquí se deben mencionar primordialmente la pérdida de un valor: Durante la enfermedad, sufrimiento, muerte o pena, que requieren de una actitud especial en el hombre. La pérdida de sentido, sin embargo, es un fenómeno frecuente en el área laboral. Ni siquiera el éxito sirve como protección. Justo en el punto en que el trabajo pierde su cualidad de ser una necesidad de la vida, se forma un vacío de orientación, y causa que la persona afligida tenga todo aquello “de lo que” pueda vivir, pero no hay nada más “para el qué” vivir. (Frankl 1982b, p, 11; pp. 239ff).

Además de la pérdida de valor y de la falta de orientación en el trabajo, la falta de relaciones es otro fenómeno que causa un vacío existencial (Frankl 1982a, pp. 7, 18 f). Esto abunda donde sea que la vida se experimente. Viviendo sin relaciones, con aburrimiento y

consumo sin felicidad. El concomitante sentimiento de vacío y de carencia de sentido no puede ser negado por nuestra “cultura de consumo”, manifestándose más y más en drogadicción, alcoholismo, vandalismo, emigración de la sociedad y tasas de suicidios.

En esta descripción de la pérdida de sentido hay tres categorías: 1. La pérdida del valor, 2. Pérdida de orientación y 3. Pérdida de relaciones, que forman las bases para una posterior discusión. Al mismo tiempo, el orden de los ejemplos está estructurado de acuerdo a las tres categorías de valores de Frankl (1982a), que son fundamentales en la búsqueda del sentido: valores experienciales, creativos y actitudinales en la fase del sufrimiento inevitable.

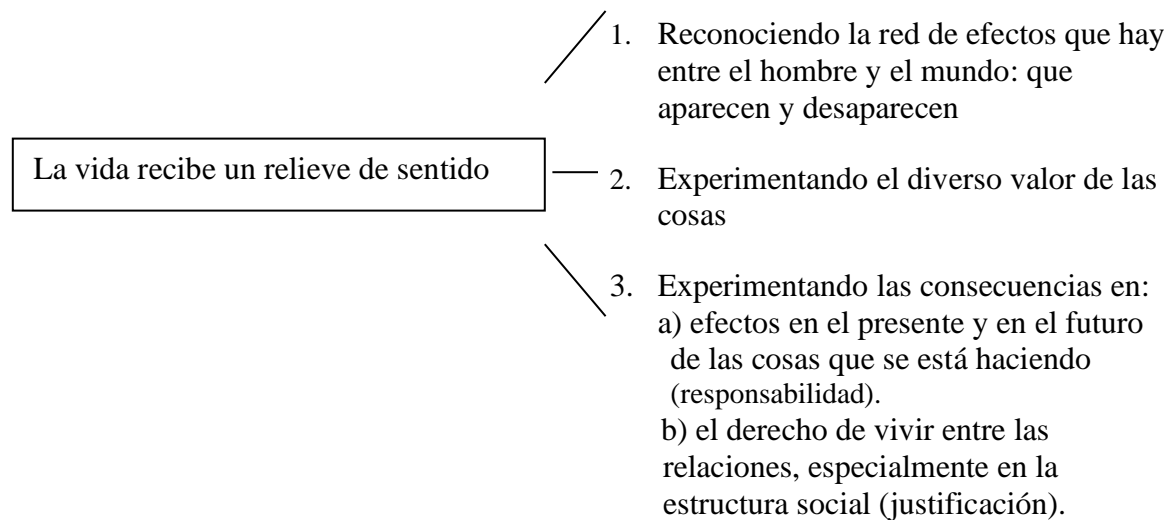
La pregunta por el sentido se presenta explícitamente no sólo en tiempos de pérdida, sino también implícitamente en todos esos momentos de la vida, en que hay problemas, y su carencia hace que se experimente muy dolorosamente. Desde el punto de vista de Frankl el “hombre está fundamentalmente orientado hacia el sentido”. Nuestra búsqueda por el sentido está tan profundamente integrada a la condición humana, que no podemos evitar “buscar sentido”, hasta que creamos haberlo hallado. (Frankl 1982a, p. 253). De ahí que para Frankl, “el ser humano es siempre un ser orientado al sentido, sin embargo puede que apenas lo sepa...Sea que lo quiera o no, que piense que es verdad o no, el ser humano cree en un sentido tanto como respira” [Frankl, 1982a, p. 221]. Para Frankl (1982a p. 253) la lucha por el sentido es de una tan fundamental categoría antropológica, que él la llama “un a priori” en referencia a Kant o como un “existencial” aludiendo a Heidegger. Subsecuentemente, vamos a tratar de substanciar esta reclamación a la teoría de la acción así como a la teoría de la motivación. Para hacer esto, la segunda pregunta de este capítulo puede ser útil.

¿Por qué el hombre pregunta por el sentido en primer lugar? ¿Por qué el hombre no se preocupa sólo de vivir y de trabajar, sino que también se preocupa por el sentido? Me gustaría dar mi respuesta inmediatamente: el hombre está equipado con un criterio subjetivo y claro que le muestra y le hace sentir, que lo que hace y deja de hacer no tienen igual valor. Esta conclusión puede ser probada filosóficamente por el análisis de la conciencia (ver Längle 1985, pp. 86ff.), antropológicamente por el análisis de la libertad y de la responsabilidad (e.g. Sartre, 1943, pp. 528ff.; Sperber, 1980) como también psicológicamente por el análisis de comportamiento y acción. Sin embargo por sobre todo esto, es un asunto de experiencia. Existe la experiencia diaria en psicoterapia, donde la razón por la cual los pacientes acuden a la oficina del doctor, es exactamente por su sufrimiento por lo que ellos hacen (deben /pueden) y por lo que dejan de hacer. Además, la conclusión puede ser verificada inmediatamente por introspección: mientras yo vea mi vida como llena de sentido, lo que hago y dejo de hacer nunca será de igual valor; sin embargo, cuando todo parece igual, cuando mi vida pierde sus preferencias, sus necesidades y cosas secundarias, voy a experimentarlo como un sinsentido.

¿Qué razones nos dan la antropología y la fenomenología para el hecho de que hacer y no hacer algo no es lo mismo? Estas reflexiones, sin embargo, son fundamentalmente importantes para la ética. Tres fenómenos preceden a esta pregunta de sentido, encerrando la esencia de la pregunta como una pirámide de tres lados. Éstas son las tres experiencias a las que el ser humano siempre está expuesto: 1. Él observa los efectos 2. Él experimenta diferentes grados de valor hacia las cosas y los eventos 3. Él experimenta las consecuencias. La vida recibe una estructura de alturas y profundidades por estas experiencias, formando su plasticidad característica (p.ej. biográficamente). Estas tres experiencias forman un relieve de alturas y sombras a partir de cada situación, lo cual lleva consecuentemente hacia el descubrimiento de relaciones en medio de los valores reconocidos. Éste es el relieve del sentido lo cual saca al hombre de la superficialidad animal, de consecuencias causales de impulsos e instintos y lo dota de una dimensión espiritual.

3. La tercera pregunta acerca del sentido

Una mirada más de cerca a los puntos, tratándolos uno por uno va a yudar a entender, por qué la categoría del sentido es una parte necesaria para una vida digna de un ser humano. El hombre ve que el mundo constantemente lo afecta. Al actuar, se da cuenta que también él a su vez afecta al mundo. De esta manera experimenta su especial relación con el mundo, en donde habita.



Este “ser-en-el-mundo” (Heidegger) es el estado fundamental en el cual el hombre se encuentra, en su experiencia ontológica básica. En la teoría de la motivación se relaciona con la voluntad de existencia, con su sí o no hacia el mundo, su voluntad de desplegar o denegar la acción. De esta forma, el hecho concreto de que las cosas existen en su red de efectos en nuestra propia existencia, es una razón para preguntar por el sentido de ser. El

hombre se pregunta: ¿Por qué es y cómo se relaciona con otras cosas? ¿Cómo me vinculo yo?

La pregunta por el sentido a nivel ontológico es una cuestión que surge desde el fundamento de las cosas y de lo que el hombre en si mismo es (“pregunta fundamental”)! Cuando el hombre pregunta por el fundamento de las cosas y de su propio ser, está haciendo la pregunta ontológica del sentido. Ésta conlleva el asombro ante la incomprendibilidad y la anticipación de que en el universo todo está relacionado entre sí. De que a lo que el hombre se puede asir, es sólo de la pregunta. Él busca la respuesta dada por la religión y el “asombro filosófico” (Jaspers).

Entonces el hombre experimenta su despliegue de acción en un entorno estructural de las relaciones mundiales, se asombra ante el factor finalmente incomprensible, que él es, que las cosas son y que se relacionan entre sí. Ésta no es sólo una experiencia fáctica, sino también fundamentalmente una experiencia de valor. -Él no sólo sabe que él es, sino que además es bueno serlo (Längle, 1984, pp. 52 ff). Con esta finalidad las cosas del mundo emergen desde el amanecer gris de su mera presencia, y reciben el color del valor. Debido a que ahora están conectados con el valor de ser – y con respecto a eso, las cosas son mejores o peores, beneficiosas o dañinas, útiles u obstructivas. El hombre siente que importa, lo que emerge de las cosas y los efectos que producen. Debido a su predisposición axiológica, basada en su habilidad de experimentar el valor de su propia vida, el hombre conoce la belleza excepcional de la existencia humana, el valor de ser dirigido por el estímulo de su mundo. Él sabe que no da lo mismo los efectos que causa y que esto tiene diferentes consecuencias, cuando algo es y en lo que se puede convertir. El hombre continuamente se enfrenta a la pregunta axiológica del sentido: ¿Qué es lo bueno de esto? ¿Para qué es bueno eso? Esto expresa lo que Frankl llamaba la “voluntad de sentido” (Frankl 1982a, p. 221). En el contexto de esta discusión el término debería ser reservado para la totalidad de las búsquedas fundamentales de lo noético. En la teoría motivacional, “la voluntad de valor” se aplicaría a este nivel. Esto incluye la cualidad subjetiva emocional de una persona. La cualidad “bueno/a” surge desde el sentimiento del valor y por fuera de la relación, en donde el objeto observado sobre las bases de la alta intuición humana, está junto con todo lo que representa valor. Esta sinopsis se consigue por medio de la conciencia a quien Frankl también llamó “el órgano del sentido” (“Sinnorgan”) (Frankl 1982^a, p. 56). De esta manera la “voluntad de sentido” no es afectada ya más por una red genética definitiva de relaciones, sino que con un diseño proyectivo axiológico de las futuras posibilidades.

Mirando estos dos niveles de sentido hemos encontrado al hombre en una realidad objetiva, en la cual él quiere conocer el sentido (el aspecto objetivo del sentido). Después lo vemos dirigido por los diferentes valores de las cosas que lo rodean, a los cuales él aplica su propia visión global de valores por una sensación de conciencia (el aspecto subjetivo del sentido). Hemos comparado este proceso con el emerger de los objetos de la oscuridad durante la tenue luz del amanecer, donde los diferentes tonos de gris se transforman en más colores

tan pronto como va apareciendo más luz, como un cuadro correspondiente al valor percibido de las cosas. Ahora, en un tercer nivel, a plena luz del día, las cosas se perciben en su total profundidad y plasticidad, en el punto donde el hombre se pregunta: “¿Qué debería hacer yo con ellos?”. Con esta pregunta él alcanza el nivel de entrar activamente en una interrelación (el aspecto relacional de la pregunta del sentido). Es una necesidad que señala acción, para la cual el hombre ha desarrollado un especial sentido: El hombre no sólo experimenta las cosas como ontológicamente dadas y ni sólo como un incentivo axiológico, sino también conoce al mundo como existencialmente desafiantes. Las cosas que hay allí, continuamente lo confrontan como la persona que decide ante la pregunta: “¿Qué vas a hacer con esto?”. Ésta es la pregunta existencial del sentido. Y luego se ve enfrentado a la pregunta: “¿Qué hago yo como una persona libre, creativa y responsable en medio de este mundo?”. Así es como el ser humano se conoce como fundamentalmente cuestionado en su propia existencia (Längle, 1988, pp. 10 ff), desafiado en su contribución para la formación de esta vida y este mundo, con el conocimiento de tan indispensable relación, responsabilidad personal y justificación. Él mismo debe darle una respuesta por medio de su existencia activa (Frankl 1974, p, 61f). Aquí el hombre se conoce a sí mismo como un ser que ya no depende de ninguna respuesta al sentido que venga desde fuera de sí, (p.ej. depender de un Creador), sino que se da cuenta que el sentido existencial se revela desde sí, su propia persona libre. En la manera en que responde activamente, sin embargo, él muestra toda su comprensión y sentido de las precedentes preguntas ontológicas y axiológicas por el sentido. La ley del universo, aprehendida en el contexto ontológico, es válida para el mundo y también para él. Se despliega el poder del Nous, esforzándose por poner sentido a la acción a lo largo de las huellas axiológicas. Al comprometerse y realizarse de esta manera, el hombre satisface su voluntad de justificar su existencia. Su voluntad de justificarse surge desde la necesidad de estar en casa y de ser aceptado en la estructura social, así como en la estructura de su propia biografía, en donde todo lo que ha hecho, finalmente tiene que ver con él. Esto es lo que el hombre vivencia como responsabilidad.

La pregunta existencial del sentido lleva también hacia la decisión sobre la mejor posibilidad que hay en una situación, lo que también puede ser una definición del sentido existencial. En esta forma el hombre está listo para actuar, cuando ha llegado finalmente a la “voluntad de sentido” por los pasos de las tres motivaciones noéticas. Sabiendo en este punto lo que él puede, lo que quiere hacer y lo que le es permitido hacer, finalmente se da cuenta de que lo que debería hacer y que podría comprometerlo gracias a esta voluntad de actuar.

4. Análisis de la búsqueda de sentido

Mirándolo desde más cerca, el sentido aparece como un término más complejo, que requiere de la discusión de tres áreas noéticas: la verdad, lo valioso y lo correcto. Todo esto

está presente en un sentido real: con que falte sólo uno de estos tres, el sentido de la vida se vuelve una frustrante apariencia de sentido. Quien sea que busque el sentido de acuerdo a nuestro análisis, está en busca de un equivalente de estas tres motivaciones noéticas.

El sentido es por lo tanto siempre la orientación por la verdad, por lo que es y por lo que es experimentado como la realidad. El sentido es incondicionalmente realista. La persona que vive con sentido, va a enfrentar y asir los hechos. Necesita de su piso para que lo sostenga y lo soporte, para poder actuar y recibir efectos. Quiere ser percibido por los demás de la misma manera, quiere ser visto como lo que es, con sus capacidades específicas. Al mismo tiempo, la búsqueda de sentido incluye el deseo por lo atractivo, el deseo de tratar con lo valioso, en donde el hombre quiere dar tanto como recibir. Finalmente, la necesidad de tener vínculos está viva en el sentido, al relacionarse consigo mismo (responsabilidad) y con los demás, lo cual justifica la existencia.

TABLA 1 Análisis Existencial y búsqueda de sentido. Secuencia de pasos y motivación en el proceso de encontrar sentido.

<i>Contenido noético</i>	<i>Área central del nivel de sentido</i>	<i>Cadena epistemológica</i>	<i>Motivación</i>	<i>Cadena psicológica</i>	<i>Modo de experiencia</i>
1. VERDAD (realidad) ↗ ver ↘ ser visto	Ontología	saber (explicar) → hechos	Voluntad de ser	percibir	poder
2. ATRACTIVO (valioso) ↗ dar ↘ recibir	Axiología	comprender → coherencia	Voluntad de valor	valorar	gustar
3. CORRECTO (vínculos) ↗ hacer ↘ experienciar	Ética	reconocer → responsabilidad	Voluntad por lo correcto	elegir/ decidir	sea permitido / legítimo
4. SENTIDO (deber) ↗ existencial ↘ ontológico	Existencia Trascendencia	hacer/saber creer	↗ Voluntad de acción ↘ Voluntad de sentido Voluntad de compromiso final	trabajar/ llevar a cabo orar	debería/quiero (tengo que)

De acuerdo con estos aspectos fundamentales del sentido, la psicoterapia lleva a la búsqueda del sentido a través de varios pasos (Längle, 1988, pp. 42 ff). El buscador de sentido primero busca la realidad, busca factores y condiciones. La percepción es seguida por un orden de valoraciones.

El buscador de sentido se involucra a sí mismo como el sensor de los valores en las bases de su propia autoestima. En el tercer paso, finalmente, auto trasciende y entra en una relación personal por medio de la toma de decisiones. A través de este proceso él está siempre buscando posibilidades para tomar decisiones de tal forma que se preserve su integridad personal (en el sentido de responsabilidad y fidelidad hacia uno mismo.)

El buscador de sentido tendrá que decidir entonces, si su búsqueda demanda acción e involucramiento personal (sentido existencial), o se refiere a un “sentido más allá” (Frankl) y a la trascendencia metafísica. En ambos casos, sin embargo – y ésta es la tesis actual basada en las observaciones de la esencia de la persona - el buscador de sentido al relacionarse está preocupado con el ser, con los valores y justificación, lo cual es especialmente importante para la psicoterapia.

El impulso real, sin embargo, y las dinámicas de la búsqueda por el sentido pueden surgir de la transitoriedad de la vida humana (Frankl 1973, pp. 63ff). La vida existe en el tiempo, y es así, siempre única. Esto es exactamente lo que le da la cualidad de la urgencia. “...en la fase de la muerte como un fin absoluto a nuestro futuro y una limitación a nuestras posibilidades, estamos bajo el imperativo de utilizar el tiempo que resta al máximo, sin perder las singulares oportunidades, cuya suma “finita” constituye la totalidad de la vida, rozando lo nuevo (no usado)” (Frankl 1973, p 64). Sólo por su finitud, el hombre debe darle a su vida una dirección especial y agarrar las posibilidades, donde se ofrecen, antes de que las supere su transitoriedad. Sin embargo la oportunidad realizada, la cual ha sido redimida en la realidad (Frankl 1973, p. 33), ha sido sacada de la transitoriedad, porque ha sido concretada irreversiblemente. “Haber sido es un tipo de ser, quizás el más cierto” [Frankl 1973, p. 33].

A la luz del Análisis Existencial, sin embargo, la muerte significa el fracaso de trascender a sí mismo y de lidiar críticamente con el mundo. En la soledad del solipsismo el hombre no puede revivir. Morir, por otro lado, es una parte esencial de la vida, siendo continuamente practicada por el hombre en su existencia, con cada decisión nueva. Decidir también significa decir adiós y dejar atrás todas las posibilidades que no se han realizado. Así, esas posibilidades, que sí fueron realizadas en el espíritu de la verdad, valor y justicia, son una trascendencia espiritual a la frontera de la muerte en un área, donde permanece el arte de la vida.

Referencias

- Frankl, V. 1970. *The will to meaning. Foundations and Applications of Logotherapy*. New York: American library/Plume Books./ *La Voluntad de Sentido*. Herder, Barcelona.
- Frankl, V. 1973. *The doctor and the soul. From psychotherapy to logotherapy*. New York: Vintage Book.
- Frankl, V. 1982a. *Arztliche Seelsorge*. Wien: Deuticke./ *Psicoanálisis y Existencialismo*. F.C.E., México
- Frankl, V. 1982b. *Der will zum Sinn. Ausgewahlte Vortrage uber Logotherapie*. Bern: Huber.
- Kovacs, G. 1982. Ultimate reality and meaning in Viktor E. Frankl . Vol 5,2: 118-139
- Längle, A. 1984. *Das Seinserlebnis als Schlüssel zur Sinnerfahrung. Sinn-voll heilen*. Freiburg:Herder.
- Längle, A. 1985. *Wege zum Sinn*. Munchen: Piper
- Längle, A. 1988. *Entscheidung zum Sein*. Munchen Piper.
- Sartre, J-P. 1943. *El ser y la nada*. Paris: Gallimard.
- Sperber, M. 1980. *Der freie Mensch*. Zurich: Arche.
- Schschkoff, G. 1978. *Philosophisches Worterbuch*. Stuttgart: Kroner.

Dirección:
Alfried Längle, M.D., PhD.
Ed. Suess-Gasse 10
A-1150 Vienna Austria